

Travesía hacia Las Lástimas

E stábamos en primer año y se planeaba nuestra primera travesía. Nos hablaban de un lugar en la cordillera, hacia el interior de Linares, llamado Las Lástimas, un nombre cargado de algo que sonaba poco promisorio. Para llegar se necesitaban varios medios de transporte, pero el gran desafío era al final: subir la montaña cabalgando durante ocho horas. Esa parte de la aventura nos llenaba de incertidumbre, ya que la mayoría de nosotros no tenía más experiencia que la de haber paseado por la playa arriba de un caballo arrendado. Con un par de potrillos que había en la Ciudad Abierta se hizo una especie de entrenamiento preliminar para los que tenían más miedo.

Entre profesores y alumnos sumábamos alrededor de cien personas, por lo que había que conseguir nada menos que cien caballos y cien monturas. El trayecto de Viña a Linares lo hicimos en un bus arrendado; el de la Alameda de Linares a Los Canelos, en una micro de campo; y desde ese punto del camino —que es solo para 4 x 4 o medios menores— caminamos cinco kilómetros hasta el refugio de Las Mulas, donde pasamos la primera noche. Mientras avanzábamos veíamos acercarse a los arrieros con sus caballos y mulas que venían de distintos cajones cordilleranos. Fue una noche de sopaipillas y pebre.

Recuerdo a la mañana siguiente lo impresionante que fue ver el ejército de caballos que llenaban la explanada frente al hotel. Partimos en grupos de diez. Este modo de andar determinó la forma de nuestro equipaje: bolsos pequeños en sacos de harina para acomodarlos en las sesenta mulas que nos acompañaban llevando la carga. Cruzamos ríos, mojándonos los talones y a veces incluso el agua nos llegaba hasta las rodillas. Subimos las rocas guiados por arrieros, que de vez en cuando

nos gritaban: «¡Agárrense del pelo!», y algunos no entendíamos a qué se referían. Entonces sentíamos que los caballos y las yeguas saltaban de una roca a otra, y nuestra reacción espontánea ante la sorpresa era soltar la montura y aferrarse con toda la fuerza a los pelos del animal.

Al fondo del cajón, el río Achibueno nace de una cascada que cae por una roca de 800 metros de altura: ese es el famoso paso de Las Lástimas por el que se sube a los campos de veranadas. Nosotros llegamos a la parte baja y nos instalamos en unos prados verdes debajo de los robles. Nuestra estadía, sin ningún tipo de conexión, estaba programada para dos semanas, pero en la mitad los profesores inventaron una ida de Marcelo Araya a comprar a la ciudad: tres días, uno de bajada, otro de compras y uno de subida. Le encargamos todas las porquerías que se nos cruzaron por la mente, cualquier cosa que recordara la alegría de la civilización: rolls, papas fritas, confort, lápices y muchos y variados bebestibles, tesoros preciados que después compartimos sobre el tronco de un árbol caído.

La bajada fue más distendida, porque después de quince días nos sentíamos conocedores del lugar. A pesar de las carencias y las dificultades, esa del **2008** fue lejos la mejor travesía que me tocó vivir en la Escuela.

Eloísa Pizzagalli Andreani